



Camino de libertad

Fr. Duberney Rodas Grajales, O.P.

Los mandamientos de la Ley de Dios, muestran su capacidad liberadora cuando son interpretados a partir de su fundamento. Antes de las prescripciones se recuerda al pueblo una realidad: “Yo soy el Señor tu Dios, que te ha hecho salir del país de Egipto, de la esclavitud” esta es la clave del texto, su originalidad no se encuentra en el contenido, sino en el hecho que la Ley es presentada como el camino de aprendizaje para vivir acorde a la liberación obrada por Dios. La observancia de la Ley, permite al creyente saberse depositario de su promesa de bendición: “tengo misericordia por mil generaciones con los que aman y aguardan mis mandamientos” (Ex 20,6) esta alianza de predilección será transmitida fielmente en el pueblo, con la consecuente insistencia de transmitir la obra de Dios que les acompaña: “Yahvé nos mandó que pusiéramos en práctica todos estos preceptos, temiendo siempre a Yahvé nuestro Dios, para que nos vaya siempre bien y nos mantenga en vida como el día de hoy” (Dt 6, 24). Comentando este texto el Papa Benedicto XVI dijo:

El Decálogo quiere ser una confirmación de la libertad conquistada. En efecto, los mandamientos, si se analizan en profundidad, son el instrumento que el Señor nos da para defender nuestra libertad tanto de los condicionamientos internos de las pasiones como de los abusos externos de los maliciosos. Los "no" de los mandamientos son otros tantos "sí" al crecimiento de una libertad auténtica... La Ley, más que una imposición, es un don. Más que mandar lo que el hombre debe hacer, quiere manifestar a todos la elección de Dios: él está de parte del pueblo elegido; lo liberó de la esclavitud y lo rodeó con su bondad misericordiosa. El Decálogo es testimonio de un amor de predilección. (Homilia 03-19-2006)

Por su parte la segunda lectura nos sorprende con el anuncio de san Pablo a la comunidad. “los judíos exigen señales milagrosas y los paganos piden sabiduría” (1Co 1,22) lo cual no resulta inadecuado, ya que éstas son las cosas que debían acompañar la llegada del Mesías. Lo realmente sorprendente es que un judío convencido como lo era Saulo, estuviese anunciando al Mesías en la persona del crucificado¹, invitando a la adhesión a la fe cristiana. El rechazo del mundo judío de entonces llegaba como consecuencia del cumplimiento de la ley: “No dejarás que su cadáver pase la noche en el árbol; lo enterrarás el mismo día, porque un colgado es una maldición de Dios. Así no harás impuro el suelo que Yahvé tu Dios te da en herencia” (Dt 21,23).

¹ Humanamente la cruz aparecía como lo contrario a las aspiraciones tanto de judíos como de griegos: fracaso en vez de manifestación gloriosa, locura en vez de sabiduría. Pero en la fe, la Cruz aparece como algo que colma y supera las aspiraciones humanas: es el poder y la sabiduría divina por excelencia. (Nota al pie, Biblia de Jerusalén)



desdelosimple

Para contemplar la vida

De la misma manera que la ley del Sinaí se debe entender a la luz de la iniciativa de Dios de sacar a su pueblo de la esclavitud, así la muerte de Cristo, el Mesías, el Hijo de Dios, juntamente con la predicación de su Resurrección, extiende la iniciativa divina a toda la creación; Sin embargo, al ser humano, le permite librarse de la esclavitud del pecado y de la muerte. Es por ello que para los creyentes, la cruz ya no es signo de maldición, sino prueba del amor divino que se ha entregado para rescatarnos, por ello la comunidad la entenderá como el motivo de su alegría: “¡Dios me libre de gloriarme si no es en la cruz de nuestro Señor Jesucristo!” (Ga 6,14)

La muerte y Resurrección de Jesucristo, no sólo confirman que Él es el Mesías, sino que también ofrece la clave de entendimiento de su celo por la casa del Padre. En el relato del Evangelio sobre la purificación del templo, al hablar Jesús de que destruiría el templo y lo reconstruiría en tres días, san Juan anota: “Pero, él hablaba del santuario de su cuerpo. Cuando Jesús fue levantado de entre los muertos, se acordaron sus discípulos de que había dicho eso, y creyeron en la Escritura y en las palabras que había dicho Jesús” (Jn 2, 21-22)

La presencia de Dios en el templo, es fundamental en la religión judía y por ende lo es también para Jesús. Por este motivo no sería una lectura adecuada ver en la descripción del desalojo de los mercaderes del templo, una justificación de quienes comparan a Jesús con un revolucionario socialista de su época, todo se debe más bien al cumplimiento de la ley sobre la santidad del templo, y el anuncio mesiánico de Zacarías; “Aquel día no habrá más comerciantes en el templo de Yahvé Sebaot” (Za 14, 21) La obediencia de Jesús al proyecto de salvación define toda su actividad, en esto consiste su celo por implantar el Reino de Dios, a lo cual el apóstol pone en la memoria de los discípulos esta expresión : “el celo por tu casa me devora” (Jn 2,17) este es el entender de nuestra Iglesia cuando enseña:

Jesús veneró el Templo subiendo a él en peregrinación en las fiestas judías y amó con gran celo esa morada de Dios entre los hombres. El Templo prefigura su Misterio. Anunciando la destrucción del Templo anuncia su propia muerte y la entrada en una nueva edad de la historia de la salvación, donde su cuerpo será el Templo definitivo. (CEC 593)

Permaneciendo unidos en Cuerpo de Cristo, el templo sigue siendo el lugar privilegiado para el encuentro con Dios. Este cuerpo místico, que es la Iglesia, nos ayuda a crecer en la comprensión del mensaje de salvación por medio del cual la iniciativa divina nos convierte en piedras vivas, lugar propicio para la glorificación de su nombre. La santidad de la vida cristiana consistirá precisamente en la acogida del Espíritu, el creyente que se ofrece como morada digna para el espíritu encuentra la alegría de la perfección de la nueva Ley. El Papa Francisco nos anima con estas palabras:

Cada Eucaristía que celebramos con fe nos hace crecer como templo vivo del Señor, gracias a la comunión con su Cuerpo crucificado y resucitado. Jesús conoce lo que hay en cada uno de nosotros, y también conoce nuestro deseo más ardiente: el de ser habitados por Él, sólo por Él. Dejémoslo entrar en nuestra vida, en nuestra familia, en nuestro corazón. Que María santísima, morada privilegiada del Hijo de Dios, nos acompañe y nos sostenga en el itinerario cuaresmal, para que redescubramos la belleza del encuentro con Cristo, que nos libera y nos salva. (Angelus 03/08/2015)